



La culpa es de la vaca 2ª parte

Anécdotas, parábolas, fábulas
y reflexiones sobre
el liderazgo

Jaime Lopera Gutiérrez y Marta Inés Bernal Trujillo

Compilación de anécdotas, parábolas, fábulas y reflexiones organizacionales, como una contribución a la pedagogía de los procesos de transformación. Estábamos pensando entonces en los agentes de cambio: profesores, predicadores, asesores, conferencistas, entrenadores en ciencias del comportamiento y muchas otras personas que trabajan para tocar los corazones con mensajes de tolerancia, respeto, amor y paz.

Así nació La carta a García y otras parábolas del éxito, como una expansión intelectual de dos personas que, por más de treinta años, se han dedicado a pensar en la forma de iluminar las mentes y los corazones de otros, para ayudarlos a conducir mejor sus vidas.

Los maestros de ética, sociales o lectura han aprovechado dicho texto para hacer de los alumnos lectores competentes, así como reforzar valores y principios educativos. Esa idea se transformó en un éxito editorial.

PRESENTACIÓN

Esta versión de *La culpa es de la vaca 2*, obedece a varios motivos: en primer lugar, a los miles de lectores que acogieron la compilación anterior y nos enviaron así una señal muy clara del acierto en la elección de las narraciones que hicieron parte de ese compendio. En segundo lugar, porque de la misma manera ellos también se manifestaron en el sentido de que nuestro criterio se había sintonizado con las expectativas de muchas personas que hallaron útiles los mensajes e historias del primer libro.

Somos los primeros sorprendidos por la acogida que ha tenido en escuelas y colegios *La culpa es de la vaca* en su primera versión. Los maestros de ética, sociales o lectura han aprovechado dicho texto para hacer de los alumnos lectores competentes, así como reforzar valores y principios educativos. Esperamos que este nuevo libro, previsto como una continuación del anterior, siga el mismo camino. La metodología del final puede ser útil a estos propósitos.

El actual esfuerzo contiene nuevas historias que nos atrajeron por el mensaje implícito o explícito que llevan. Creemos que es obvia nuestra insistencia en darles mucha importancia a las parábolas y fábulas como formas de explicación de las actuaciones humanas, en especial aquellas que pueden ser ejemplares, en ausencia de otros mensajes rotundos que las simplifiquen.

Como en el caso anterior, esperamos que estas nuevas lecturas establezcan un diálogo autónomo con los lectores, siempre amplio y tolerante como debe ser entre extraños. Las redes de comunicación que se formen en tomo a estas

historias son fruto de los pormenores reales que ellas contienen, así como de las experiencias propias de cada persona. Nos anima saber que existen prácticas de lecturas grupales con nuestros libros y ello es importante, en la medida que así se consoliden tejidos de amistad y aprendizaje.

Nuevamente confesamos nuestra deuda con la infaltable consulta al Internet, con cuya consulta mejoraron muchas de las narraciones. Pero si en alguna ocasión hemos dejado de citar al verdadero autor de un texto, ello se debe a que la proliferación de copias ha terminado por desdibujar al creador original, como nos ha pasado a nosotros mismos leyendo en la Red muchas narraciones que aportamos a nuestros libros. Por eso nos anticipamos a decir que la mayor parte de estas páginas, con pocas excepciones, carecen de autoría, son anónimas, lo que no las hace menos interesantes que las firmadas.

Resta dar nuestros agradecimientos a la casa editorial que ha venido confiando en nosotros; a los librereros que nos recomiendan; a los maestros que transmiten muchas enseñanzas utilizando estas narraciones; a los autores anónimos que aquí aparecen; a las empresas e instituciones que lo han adoptado como herramienta de capacitación y generación de cultura organizacional; a nuestros amigos y corresponsales de la red que nos envían con frecuencia mensajes maravillosos; y a nuestras familias que han soportado la ausencia de afectos mientras dábamos luz a estas páginas.

Jaime Lopera Gutiérrez Marta Inés Bernal de Lopera Armenia, diciembre 2006

LOS GLOBOS NEGROS

En cierta ocasión el famoso predicador y líder norteamericano Martin Luther King se encontraba a punto de dar una de sus célebres conferencias acerca de los Derechos Humanos. Rápidamente notó que una pequeña niña negra se encontraba al frente de su auditorio. Un poco sorprendido, preguntó a uno de sus ayudantes al respecto, y éste le dijo que la niña había sido la primera en llegar al lugar.

Al terminar su discurso, como parte de la ceremonia se soltaron globos de diferentes colores al cielo que la pequeña no dejaba de admirar. Entonces el predicador se acercó a ella y la levantó en sus brazos.

La pequeña lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Los globos negros también volarán hacia el cielo?

Martin la miró dulcemente y le contestó:

—Los globos no vuelan al cielo por el color que tengan, sino por lo que llevan dentro.

Esta es una lección contra la exclusión. A pesar de los años, ¿seguimos teniendo prejuicios hacia la gente de color?

¿Será verdad que la humanidad ha avanzado hasta convertirse en una gran comunidad mundial?

L AS CUATRO ESTACIONES

Había un hombre que tenía cuatro hijos. Como parte de su educación, él quería que ellos aprendieran a no juzgar a las personas y las cosas tan rápidamente como suele hacerse. Entonces los envió a cada uno, por turnos, a ver un árbol de peras que estaba a gran distancia de su casa.

En su país había estaciones, así que el primer hijo fue en invierno; el segundo en primavera; el tercero en verano y el cuarto en otoño.

Cuando todos habían ido y regresado, el padre los llamó y les pidió que describieran lo que habían visto.

El primer hijo dijo que el árbol era horrible, giboso y retorcido, parecía seco y sin vida. El segundo dijo que no, que el árbol estaba cubierto de brotes verdes y lleno de retoños que prometían flores. El tercer hijo no estuvo de acuerdo: él dijo que estaba cargado de flores, que emanaba un aroma muy dulce y se veía hermoso; era el árbol más lleno de gracia que jamás había visto.

El último de los hijos tampoco estuvo de acuerdo con ninguno de ellos. Dijo que el árbol estaba cargado de peras maduras, lleno de savia y bienestar. Como los pájaros acudían al peral para comer de los frutos que se estaban marchitando, todo a su alrededor se llenaba de un exquisito aroma.

Entonces el padre les explicó a sus hijos que todos tenían la razón, porque ellos solo habían visto una de las estaciones de la vida del árbol.

Y añadió que por eso no se podía juzgar a una persona por solo ver una de sus temporadas: «La esencia de lo que

son los hombres, el placer, la tristeza, el regocijo y el amor que vienen con la vida solo pueden ser medidas al final, cuando todas las estaciones hayan pasado».

¿No será por esta razón que nos quedamos con una idea prefijada de una determinada «estación» de una persona, a partir de la cual la juzgamos el resto del tiempo?

¿No será que debemos entender a las personas como móviles y no como estacionarias?

UNA LECCIÓN DE DIPLOMACIA

Cuentan que durante un banquete oficial celebrado en Inglaterra con la asistencia de personalidades de todo el mundo, un empleado de] gobierno, concretamente el jefe de protocolo, observó cómo uno de los «ilustres» invitados se metía un valioso salero de oro en el bolsillo de su chaqueta.

El jefe de protocolo, responsable de los bienes oficiales, al no saber qué hacer en aquella delicada situación, se dirigió al Primer Ministro de Inglaterra, que por aquel entonces era *sir* Winston Churchill (estadista y político inglés, nacido en Oxfordshire en 1874 y fallecido en Londres en 1965, uno de los protagonistas de la II Guerra Mundial), y le pidió un discreto consejo dada la notoriedad del personaje.

La gran agudeza que caracterizaba a Winston Churchill le hizo idear una estratagema infalible: le dijo al jefe de protocolo que no se preocupara, que él resolvería ese «pequeño incidente».

Fue a la mesa más próxima, se introdujo otro salero de oro en el bolsillo del chaleco, se acercó al «personaje» que había sustraído el salero, y, mientras le mostraba el contenido de su bolsillo, le dijo al oído:

—El jefe de protocolo nos ha visto guardarnos el salero en el bolsillo. Será mejor que lo devolvamos, ¿verdad?

Y de esta manera ingeniosa resolvió una embarazosa situación diplomática.

L A LECCIÓN DEL CARBÓN

Un hombre, que regularmente asistía a las reuniones de un determinado grupo, sin ningún aviso dejó de participar en sus actividades. Después de algunas semanas, una noche muy fría el líder de aquel grupo decidió visitarlo. Encontró al hombre en casa, solo, sentado frente a una chimenea donde ardía un fuego brillante y acogedor.

Adivinando la razón de la visita, el hombre dio la bienvenida al líder, lo condujo a una silla grande cerca de la chimenea y se quedó quieto, esperando una pregunta. Se hizo un grave silencio. Los dos hombres solo contemplaban la danza de las llamas en tomo de los troncos de leña que crepitaban.

Al cabo de algunos minutos el líder, sin decir palabra, examinó las brasas que se formaban y cuidadosamente seleccionó una de ellas, la más incandescente de todas, retirándola a un lado del brasero con unas tenazas. Volvió entonces a sentarse, permaneciendo silencioso e inmóvil después de solicitar permiso para fumarse una pipa.

El anfitrión prestaba atención a todo, fascinado pero inquieto. Al poco rato, la llama de la brasa solitaria disminuyó, hasta que solo hubo un brillo momentáneo y el fuego se apagó repentinamente. En poco tiempo, lo que era una muestra de luz y de calor, no era más que un negro, frío y muerto pedazo de carbón recubierto por una leve capa de ceniza. Muy pocas palabras habían sido dichas desde el ritual saludo entre los dos amigos.

El líder, antes de prepararse para salir, con las tenazas blandió el carbón frío e inútil, colocándolo de nuevo en

medio del fuego. De inmediato la brasa se volvió a encender, alimentada por la luz y el calor de los carbones ardientes en tomo suyo.

Cuando el dirigente alcanzó la puerta para irse, el anfitrión le dijo:

—Gracias por tu visita y por tu bellísima lección. Regresaré al grupo. Buenas noches.

¿Por qué se extinguen los grupos? Muy simple: porque cada miembro que se retira le quita el fuego y el calor al resto.

A los miembros de un grupo vale recordarles que ellos forman parte de la llama y que lejos del grupo pierden todo su brillo.

A los líderes vale recordarles que son responsables por mantener encendida la llama de cada uno de los miembros y por promover la unión entre todos ellos, para que el fuego sea realmente fuerte, eficaz y duradero.

UNA PRECIOSA FACTURA

Cierta tarde un pequeño se acercó a su madre, que preparaba la cena en la cocina, y le entregó una hoja de papel en la que había escrito algo. Después de secarse las manos y quitarse el delantal, ella leyó lo que decía la nota:

Cortar el césped del jardín	\$15.00
Limpiar mi cuarto esta semana	\$5.00
Cuidar de mi hermano	\$5.00
Ir a la panadería	\$0.50
Sacar la basura toda la semana	\$2.50
Libreta con buenas calificaciones... ..	\$50.00
Limpiar el patio	\$5.00
----- -----	
TOTAL ADEUDADO	\$83.00

Al terminar la lectura, la madre miró con seriedad al chico mientras él aguardaba expectante. Y sin decir palabra, ella tomó un lapicero y en el reverso de la misma hoja anotó:

Por llevarte nueve meses en miNA-
vientre y darte la vida: DA.
Por tantas noches de desvelos,

curarte y orar por ti:NA-
DA.
Por la alegría y el amor de nues-NA-
tra familia: DA.
Por el temor y las preocupacio-NA-
nes cuando enfermabas: DA.
Por comida, ropa y educación:NA-
DA.
Por tomar tu mano y darte apo-NA-
yo: DA.

Cuando el niño terminó de leer lo que ella había escrito, tenía los ojos llenos de lágrimas. La miró a los ojos y le dijo:
—Te quiero, mamá. Luego tomó el lapicero y escribió con letra muy grande en el papel: «TOTALMENTE PAGADO».

¿Por qué reclamamos derechos que no concedemos a los padres?

¿No es muy clara la diferencia entre las «cosas» y el amor?

EL PUENTE FRATERO

Había una vez dos hermanos, Tomás y Javier, que vivían uno al frente del otro en dos casas de una hermosa campiña. Por problemas pequeños, que se fueron haciendo grandes con el tiempo, los hermanos dejaron de hablarse y evitaban cruzarse en el camino.

Cierto día llegó a una de las casas un carpintero y le preguntó a uno de los hermanos si tendría trabajo para él. Tomás le contestó:

—¿Ve usted esa madera que está cerca de aquel riachuelo? Pues la he cortado recientemente. Mi hermano Javier vive al frente y, a causa de nuestra enemistad, desvió ese arroyo para separarnos definitivamente. Así que yo no quiero ver más su casa. Le dejo el encargo de hacerme una cerca muy alta que me evite la vista del frente.

Tomás se fue al pueblo y no regresó sino hasta bien entrada la noche.

Cuál no sería su sorpresa cuando, en vez de una cerca, encontró que el hombre había hecho un hermoso puente que unía las dos partes de la campiña.

Sin poder hablar, de pronto se vio al frente de su hermano, que en ese momento estaba atravesando el puente con una sonrisa:

—Tomás, hermano mío, no puedo creer que hayas sido tú el que haya hecho el puente, habiendo sido yo el que te ofendió. Vengo a pedirte perdón.

Y los dos hermanos se abrazaron.

Cuando Tomás se dio cuenta de que el carpintero se alejaba, le dijo:

—Buen hombre, ¿cuánto te debo? ¿Por qué no te quedas?

—No, gracias —contestó el carpintero—. ¡Tengo muchos puentes que construir!

¿Cuántas veces podemos ayudar a perdonar y servir de puentes?

L A GUADUA DEL CONTRIBUYENTE

Iba una señora con su hijo de quince años por una de las calles de su pueblo, cuando de pronto se encontró frente a una zanja donde varios trabajadores hacían una reparación en el acueducto de la ciudad.

Al pasar vieron una guadua, colocada como una mampara de protección para evitar la caída de personas en la cuneta. Entonces la mamá le dice al hijo:

—Oiga, mijo, como la estaca donde duerme la lora de la casa ya está muy podrida y se nos va a caer, coja esa guadua y nos la llevamos para la casa.

El muchacho le responde:

—Pero, mamá, esa guadua no es de nosotros. —No importa, mijo— dice la señora, —esa guadua es del municipio y por eso también es de nosotros. Cójala y nos la llevamos.

Si lo privado es de alguien, ¿por qué no aprendemos que lo público es de todos?

¿Por qué algunos creen que si algo es del Estado, eso quiere decir que no tiene dueño?

¿Quién dijo que lo público no tiene una ética?